

GOETZ, LA COARTADA DE DIOS  
Notas a "El Diablo y Dios" de J. P. Sartre

Ramón Madrigal

KARL (el mismo juego)

Mientes, Goetz, mientes a tu Dios.  
¡Y vosotros, hijos míos, escuchad!  
Haga un Señor lo que haga, nunca será vuestro igual.  
Y he aquí por qué os pido que los matéis a todos.  
Este os ha dado sus tierras.  
Pero vosotros, ¿podáis darle las vuestras?  
Regalo del mediodía, ¡hasta!  
El podía escoger entre dar o guardar,  
Pero vosotros, ¿podáis rechazar?  
Al que da un beso o un golpe  
Devolvedle un beso o un golpe  
Pero al que da sin que podáis devolver  
Ofrecedle todo el odio de vuestro corazón.  
Pues erais esclavos y él os avasalla  
Pues estabais humillados y él os humilla más.  
Regalo de la mañana, ¡engaña!  
Regalo de la tarde, ¡jarde!

GOETZ ¡Ah!, ¡hermosa prédica! ¿Quién os ha dado la vida y la luz? Dios. El don es su ley. Haga lo que haga, da. ¿Y qué es lo que podéis devolverle vosotros, que no sois más que polvo? ¡Nada! Conclusión: es a Dios a quien debes odiar.

Sartre, "El Diablo y Dios", pág. 131.\*

El filósofo, dramaturgo, novelista, escritor en fin a cabalidad, por su logro en forma y contenido, Jean Paul Sartre, es uno de los personajes más discutidos de nuestra época contemporánea, se le ha tildado, desde obsceno y charlatán por unos, y de genio y moralista por otros, lo que hace que se

haga necesario, fijar la atención en él, y sin querer dar juicios infundados sobre su filosofía, creo poder afirmar que de acuerdo o en contra de él, no se puede negar que es un hombre con un mensaje, con algo nuevo que dar a la persona, y que con sinceridad lo ha intentado por todos los medios a su alcance, con un verdadero entusiasmo gracias a sus deseos de mostrar el hombre al hombre (el hombre que el ve, si se quiere, y como sería más exacto), lo que le hace merecedor de toda admiración y respeto.

Una de las formas, en mi opinión con que más brillantemente logra esta meta es con el teatro. Sartre es uno de los grandes dramaturgos actuales y no sólo de Francia. Entre sus obras son muy conocidas *Huis-Clos*, *La putain respectueuse*, *Les mains sales*, *Les séquestrés d'Altona* y muchas otras más, pero personalmente tengo una especial predilección por *Le diable et le bon Dieu*, por considerarla una de sus obras de mayor acabado y equilibrio, y con una teoría llevada por personajes realmente excitante y profunda, que emociona y lleva a la reflexión, de ahí que nuestro trabajo sea sobre esta obra, más específico, especialmente centrado sobre su personaje Goetz, ese Goetz contradictorio, dubitativo, enérgico, decidido y débil, en fin hombre, que dista tanto de su antecesor literario, el Goetz de Goethe.

Se hace necesario antes que todo hacer una breve ambientación o exposición sobre el tema y desarrollo general de la obra, "*El Diablo y Dios*". Esta se centra sobre los acontecimientos llevados alrededor de la ciudad de Worms, la que está sitiada después de una batalla entre Conrad y Goetz (hermano bastardo del primero), en que éste último derrota a su hermano que se había sublevado contra el poder del Arzobispo, con lo cual la ciudad que apoyaba a Conrad cae en

\* Cuando en este trabajo se citan páginas, son referentes a "Jean Paul Sartre: Teatro. *El Diablo y Dios*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1961".

desgracia y se le somete al estado de sitio. Gracias a las reflexiones del banquero de la ciudad, el arzobispo ve las necesidades de salvar o perdonar a los burgueses, pues en salvar las rentas de él y los intereses del banquero. De ahí que se busque a Goetz para convencerle de que no destruya la ciudad. Por otro lado, el obispo de la ciudad está preocupado por la suerte del clero de la misma que mantienen presos los pobladores y después de unos interesantes acontecimientos, hace que el pseudo—cura del pueblo, Heinrich, lleve la llave para entrar a la ciudad por un pasadizo a Goetz y salve a los curas.

Preocupado por la miserable situación del pueblo está su líder Nasty, quien ofrece la alianza a Goetz en nombre de su pueblo. Y así viene a resultar en que Goetz se convierte en motivo de preocupación y dueño de una situación en que todos están afectados. Goetz, luego de una discusión con Heinrichs, hace una apuesta en la que queda obligado a hacer nada más que el bien. Lo intenta con repartir sus tierras a los pobres, a quienes además trata de amar. Que culmina con la fundación de la "ciudad del Sol". Pero esto sólo trae descontento y una situación de lucha entre señores y plebe, culminando con un total fracaso y la destrucción de la ciudad.

Goetz se retira a vivir en penitencia, hasta que con el juicio a que se había comprometido con Heinrich al hacer la apuesta después de un año y un día, descubre que no hay quien le juzgue y decide volver a los hombres (al pueblo), y cumplir con sus posibilidades, aceptación que implica volver a ser el general de los ejércitos, pero esta vez, del pueblo a quien empieza a amar en realidad. Toda la obra, pues, se desarrolla exteriormente en este ámbito medieval, pero trasciende las circunstancias puramente históricas.

Vale la pena hacer una breve descripción de los diferentes personajes de importancia con quienes interactúa Goetz, para dejar un mejor contexto. Además de los mencionados son importantes los dos personajes femeninos centrales: Catalina e Hilda; y del revolucionario apasionado Karl.

Se debe aclarar que, en cuanto a Conrad, únicamente se le conoce, más claro, se le nombra únicamente, por lo cual lo que de él sólo se tiene son referencias.

"Señor, el pulgar de mis vasallos ha desgastado mi efigie sobre mis monedas de oro, y tu terrible pulgar ha desgastado mi rostro; ya solo soy una sombra de arzobispo" (pág. 9), esta impresionante frase la grita el arzobispo en la ventana de su palacio. Individuo que tiene mediatizado lo sagrado y todos los medios a su alcance para su gloria y poder. En

obras de teatro de este tipo, los personajes centrales, se pueden llegar a ver como simples personajes o bien como representaciones simbólicas de diferentes perspectivas o posibilidades del hombre, o actitudes, es decir, vicios o virtudes, que se hacen patentes a aquél. Por esto, voy a tratar de dar las dos interpretaciones que personalmente veo. Así este arzobispo, egoísta y fundamentalmente ambicioso, se podría en el otro aspecto, ver como la mediatización o la encarnación del deseo de poder en que se utilizan todos los valores del hombre como simples instrumentos.

El hombre preocupado por la suerte de sus semejantes, por los únicos que realmente valen, los pobres, es Nasty, el panadero, cabe hacer notar aquí lo simbólico que es el hecho de que el líder de la actitud revolucionaria de reivindicación es el que hace el pan, el pan de todos los días, según su propia concepción. Su conciencia de instrumentalización que hacen de ello los poderosos, se expresa magníficamente al decir: "Cuando los ricos se hacen la guerra, son los pobres los que mueren" (pág. 17), pero a la vez expresa su fe en un futuro mejor de su clase, al manifestar "¡será preciso pasar primero por el ojo de una aguja y soportar siete años de desventura, y luego comenzará el reino de Dios sobre la tierra: nuestros muertos nos serán devueltos, todo el mundo amará a todo el mundo y nadie tendrá hambre ya!" (pág. 18). Como revolucionario, Nasty, no pide tregua ni la da: "No, tu no tiene piedad. Tampoco la tiene Dios, ¿Y por qué habrías de implorarte yo? Yo, que cuando llegue mi día, no tendré piedad de nadie" (pág. 58).

Nasty cree firmemente en que a de llegar su momento, el de la nueva religión, la religión del hombre: "Todos los hombres son iguales y hermanos, todos son en Dios y Dios es en todos; el Espíritu Santo habla por todas las bocas; todos los hombres son sacerdotes y profetas; cada cual puede bautizar, casar, anunciar la buena nueva y perdonar los pecados; cada cual vive públicamente sobre la tierra a la faz de todos y solitariamente en su alma a la faz de Dios" (pág. 60). De ahí que no le importe mentir o engañar a su gente porque cree en la bondad íntima de su propia fe. Se puede ver a Nasty, pues, como el símbolo de la necesidad de justicia social y de afirmación del hombre en su propia humanidad.

El obispo de la ciudad de Worms, es representación del fanatismo religioso y de ahí que resulte un personaje en algunos momentos cruel y duro, y en otros cómico, pero siempre destefido, con un algo de irrealidad y de objeto.

La representación del falso amor, de la hipocresía, es el cura Heinrich. Individuo resentido con los pobres y los poderosos, pero que desea amar y servir a

ambos, por tanto, traidor de ambos. A esta traición se siente determinado. "Señor, maldijiste a Caín y a los hijos de Caín: hágase tu Voluntad. Permitiste que los hombres tuviesen roído el corazón, podrías sus intenciones y que sus acciones se descompongan y hiedan: hágase tu voluntad. Señor, haz querido que la traición fuese mi lote sobre la tierra: ¡hágase tu voluntad! ¡Hágase tu voluntad! ¡Hágase tu voluntad" (pág. 28), pero él tampoco cree en Dios ni en el Diablo, aunque a este último lo invente como acompañante.

Catalina, la amante de Goetz, quien la forzó al amor y la ha prostituído, es la representación de la mujer como mero instrumento de placer, pero que como humana siente y ama y servirá para posibilitar al mismo Goetz una verdadera realización en el campo del amor. De ahí, pues, que sea vulgar y ruda, como se testimonia perfectamente en esta frase: "¡Cómo te miran, joya mía! Estas gentes no te quieren nada y no me sorprendería que cualquier día te encontrara por ahí, tendido de espalda, y con un gran cuchillo en la panza" (pág. 31).

El banquero, como lógico es, es el perfecto plutócrata, el amante del dinero, el que cree que todo gira alrededor del interés, quien hace curiosa clasificación de los hombres en realistas e idealistas, siendo los primeros los que tienen mucho dinero que desean mantener el status quo y los otros, los que nada tienen y desean destrozarse el orden actual para salir gananciosos. Los idealistas, entonces, son los que tienen poco dinero y que por tanto quieren deshacer el orden actual para obtener lo que no tienen, pero conservando lo que ya poseen, así: "entonces, conservan en el hecho lo que destruyen en la idea, o bien destruyen realmente lo que fingen conservar" (pág. 50).

La representación de la pura pasión y del odio de clase se fija en el criado de Goetz: Karl. Este individuo es rabioso e intolerante, de intransigencia total en su ideología que vive como dogmas dados: "Las tierras son vuestras; el que pretende dáros las, o se engaña, pues da lo que no es suyo. ¡Tomadlas! Tomad y matad, si queréis ser hombres. Por la violencia nos educaremos" (pág. 132). Así habla Karl a sus pobres compañeros.

"Un poco de carne usada, rugosa, miserable, una vida, una pobre vida. Y es esta carne y esta vida lo que yo amo. Sólo se puede amar sobre la tierra y contra Dios" (pág. 135). Le dice Hilda a Goetz. Es la mujer que ama, que ama a los pobres porque les necesita, ya que siente en ellos la única posibilidad de mantener una verdadera pureza, de ahí que ella cante

al amor de los pobres por los pobres y crea rabiosamente en el partido de los pobres, es decir, en el valor total y absoluto de la vida en esta tierra a la que hay que transformar, porque vale, pues en lo único que se vive. Por tanto, cuando confiesa a Goetz su amor, se lo confiesa y afirma por ser el más miserable de todos, el que más lo necesita, pero le hace ver como el amor es un entregarse total por el medio del cual se llega a una verdadera santidad, a la purificación. Cuando Goetz retirado en penitencia, desea enlazar el amor de ellos, tiene una respuesta: "Más inmundicias hay en tu alma que en mi cuerpo. Es en tu alma en donde están la fealdad y la suciedad de la carne. Yo no necesito la mirada del lince; te he curado, te he lavado, he conocido el olor de tu fiebre. ¿Y he dejado de amarte? Cada día te pareces un poco más al cadáver que serás y te amo siempre. Si mueres, me acostaré contra tí y me quedaré ahí hasta el fin sin comer ni beber; te pudrirás entre mis brazos y te amaré carroña, pues no se ama nada si no se ama todo" (pág. 143).

Representa así Hilda el amor, el amor como plenitud, auténtico y humano.

Con lo anteriormente expuesto podemos ver los personajes y su representación simbólica, para poder así comprender mejor a Goetz, porque Goetz, este general, contradictorio, dudativo, enérgico, decidido y débil, en fin, hombre, como ya lo había dicho anteriormente, el hombre Goetz, es la representación, en mi opinión, del hombre como ser ante las perspectivas de la decisión, la justicia, el egoísmo, el bien y el mal, y Dios, pero todo desde la pregunta que nace del mismo hombre ante la realidad y el deseo de transformar y destruir, según los personales deseos. Como personaje en la obra, sin lugar a dudas es el centro, a quien se llega a conocer en su más profunda intimidad, al que todo está referido, pues representa la realidad del mundo, y así alrededor de él, se hacen patentes los demás como vicios y virtudes.

Es el personaje que aprovecha Sartre para lograr, pues, presentar mediante esta obra varias de sus tesis capitales en filosofía. Siendo coherente con su posición afirma la necesidad de una ontología antropológica. Se puede ver cuatro fases en el transcurso de la obra de este personaje. La primera el Goetz del terror a sí mismo y de todos a él como él lo dice es del mal; la segunda, la de la puesta para hacer el bien, en la que descubre el amor; como tercera, la del juicio, en la que llega a descubrir que el hombre no tiene juez, es decir, que no hay Dios, y como cuarta y última, la de la afirmación del hombre como aceptación de sí mismo, y por consiguiente, por su

necesidad de vivir y realizarse en y con los hombres que forman el único mundo. La afirmación de la vida.

“Eso es lo que en tí quiero: el horror que te causo” (pág. 31), le dice Goetz a Catalina frase con la que el manifiesta en esta primera etapa ese placer que le produce el sentirse creador de espanto. Parte de la técnica de que se vale para producirlo es su teatral cinismo, fundado en el trastrueque de los valores tradicionales. Cuando un oficial le dice “desconfío de los traidores” él contesta: “yo, en cambio, los adoro”. Su cinismo se nota claramente en los diálogos que mantiene con el cura Heinrich, como cuando le dice “Sí, ya lo sé: quienes me ven rara vez fían en mi palabra. Debo tener un aire demasiado inteligente como para cumplirla. Pero escúchame: tómame la palabra. ¡Sólo para ver! Aunque sea sólo por ver... Después de todo, soy cristiano... ¿Qué diría si te jurase sobre la Biblia? Ten confianza, imbécil. ¿No es el papel de vosotros, los sacerdotes, tentar a los malos con el Bien?” (pág. 34). O cuando por ejemplo, al recibir al banquero que viene a pedirle que no pase por las armas a toda la ciudad de Worms y uno de los argumentos que usa es la culpabilidad del hermano, de quien Goetz es responsable de su muerte, entonces le responde: “Sí, olvida lo que acabo de decir, pero te agradecería que dejaras a mi hermano fuera de todo esto. Después de todo, estoy de duelo por él” (pág. 47).

El horror a sí mismo también lo expresa Goetz cuando consuma Heinrich su traición, en la que éste le pregunta que si él se produce horror, a lo que él contesta: “Es verdad, ¡pero no te fies! Desde hace quince años tengo horror de mí mismo. ¿Y qué? ¿Acaso no comprendes que el mal es mi razón de ser?” (pág. 41).

Mas dentro de todo este mundo de terror y sorna Goetz con extraordinaria perspicacia va enunciando fundamentales verdades sartrianas, como la de que el hombre siempre decide porque su decisión es ejercicio que Sartre ha llamado obligatorio de la libertad (“Si huyes, quiere decir que ya decidiste” pág. 35). También afirma Goetz la necesidad de la aceptación de sí mismo, pues eso es tomar conciencia en Sartre de la responsabilidad existencial (“Un traidor que traiciona es un traidor que se acepta” pág. 38). Expresa como el hombre tiene que hacer las elecciones sobre su forma de ser a partir de su existencia, lo que manifiesta cuando dice “el bello título de fraticidad sólo a mis méritos lo dejo” (pág. 40).

Actitud muy característica de esta primera etapa es el egoísmo erótico de Goetz, y dijo erótico porque no se le podría llamar siquiera amoroso, que

manifiesta explícita y claramente cuando le dice a Catalina: “¿Qué tengo yo que ver con el amor? ¡Si me amas, eres tú la que tendrá todo el placer! ¡Vete, gorrina! No quiero que se aprovechen de mí” (pág. 55).

Poco antes de concluir esta primera etapa en la que va a expresar sus fantásticos discursos sobre Dios conoce a Nasty, de quien al final va a ser colaborador incondicional, pero que en este momento se expresa de él como “desalentador como la virtud” (pág. 57).

Pasemos ahora a estos pequeños discursos de Goetz en que culmina su primer etapa. En ellos Goetz manifiesta la urgencia que tiene de Dios como aquel Ser a quien de cierta manera envidia, pero con quien se siente con posibilidad de luchar pues lo ve fuerte y grande como él. En estos discursos se hace presente la afirmación de Sartre de que el hombre cree y hace a Dios por una simple necesidad de ser (“Inútil, sí, Inútil para los hombres. ¡Pero qué me importan los hombres! Dios me escucha. Es a Dios a quien rompo los oídos, y eso me basta, pues es el único enemigo digno de mí. Existimos Dios, yo y los fantasmas. Es a Dios a quien crucificaré yo esta noche, sobre tí y sobre veinte mil hombres, porque su sufrimiento es infinito y torna infinito a quien le hace sufrir. Esa ciudad va a arder. Dios lo sabe. En este momento, tiene miedo... Yo lo siento: siento su mirada sobre mis manos, siento su soplo sobre mis cabellos, y sus ángeles lloran...” pág. 61)

La segunda etapa es en la que hace la apuesta para hacer el bien, apuesta en la que por medio de Goetz Sartre llega a expresar nuevamente que el hombre es lo que quiere, que él se da su esencia, pues al tirar el protagonista los dados se hace clara su decisión de convertirse como él ha dicho en santo ya que hace trampa para que estos caigan en la forma conveniente. De ahí que Catalina: “(riendo hasta las lágrimas) — ¡Hizo trampa! ¡Yo lo ví, lo ví; hizo trampa para perder!” (pág. 71). En esta segunda etapa Goetz entra en una euforia y demencia por el Bien, al que identifica con el amor y lo que lo impulsa a repartir sus tierras y crear la ciudad del Sol, no obstante las advertencias del mal que producirá que le hace Nasty, a lo cual Goetz contesta “No haré el bien a plazos” (pág. 80), “Basta que un hombre ame a todos los hombres para que ese amor se contagie, de uno a uno, a toda la humanidad” (pág. 81). No obstante que pretender saber Goetz lo difícil que es la misión pues como afirma “sé que el bien es más difícil que el mal. El mal sólo era yo, el Bien es todo. Pero no temo. Es preciso recalentar la tierra y yo la recalentaré. Dios me ha dado el mandato de deslumbrar y deslumbraré, sangraré luz” (pág. 81).

Expresa Goetz la obligación de que cada uno tenga la posible salvación cuando entra en dura lucha verbal con Tetzl (fraile indulgenciador), que dicho sea de paso es una de las escenas de más extraordinario sentido irónico de toda la obra, "Insensatos que os creéis pagados con una limosna: ¿pensáis acaso que los mártires se dejaron quemar vivos para que vosotros entraseis al paraíso como se entra a un molino? ¡Y en cuanto a los santos, no os salvaréis comprando sus méritos sino adquiriendo sus virtudes!" (pág. 87). Este Goetz del bien que no reconoce los pecados del año anterior pues el es un nuevo ser, sin embargo cuando va en busca de Catalina, su ex amante, que está en una iglesia con todos los pobres que sufren las consecuencias de las luchas producidas por la actitud de Goetz, en la que ella muere, aunque parezca un poco cursi por amor a él, va a conocer a Hilda, con la cual va a sentir envidia por el amor que le profesan los pobres, pero además, toma contacto con la realidad en que se mueve, que es en la que en el fondo aún ahora le detestan. Al percatarse conscientemente de esta situación y encontrar a Catalina moribunda, conmovido por los momentos de espanto y la absoluta soledad de que padece le dice que va a traspasar sus pecados a él y pide a Dios que dé una señal de aceptación, mas como no hay señal alguna se fabrica el milagro, para lo cual con un cuchillo se rompe las manos y el costado enseñándole la sangre a Catalina que muere en paz. Además aprovecha la situación para llamar al pueblo y mostrar su situación de escogido de Dios y lograr ganar su fe en ellos. Al lograr hacer de él al pueblo se hace toda una realidad la ciudad del Sol, pero también se hace más real la situación de lucha en los demás sectores, hasta que se presenta Nasty que le informa de la inminencia de una guerra total y Goetz parte con él para tratar de convencer a todos los revoltosos de lo inútil de su rebelión y para llegar a convencerlos vuelve a echar mano de Dios fabricando otro nuevo milagro, con lo que Sartre va logrando hacer cada vez más patente el silencio de Dios y la soledad del hombre. Pero es derrotado por las terribles palabras de su antiguo criado Karl ("Tu amor viene del diablo y pudre cuanto toca. ¡Ah! , muchachos, si pudieseis ver a las gentes de Alweiler: le han bastado tres meses para hacer de ellos unos castrados. Os amaré tanto que cortará todos los testículos del país para reemplazarlos por un ramillete de violetas. No os dejéis engañar: érais bestias y la ira os ha tornado hombres; ni os la quitan, volveréis a caer en cuatro patas y hallaréis de nuevo la pena muda de las bestias" (pág. 132). Vuelve pues derrotado a su ciudad después de maldecirles y en cierta forma a la vez aborreciendo a

esos súbditos que llama "mis ángeles de gallinero". Mas al llegar sólo encuentra a Hilda y un poco de piedras, su ciudad ha sido destruida y todos los demás han muerto.

Opta Goetz como último recurso para encontrar a Dios y al bien que ya están de por sí tambaleantes irse hacer penitencia con Hilda quien le acompaña, en donde pretende negar el valor de su humanidad sintiéndose y tratando de envilecerse, más aquí Hilda se hace luz para sus tinieblas pues como expresa él "mientras estés a mi lado no me sentiré totalmente inmundo" (pág. 142). Con lo que comienza a sentir la necesidad del juicio, el se ha comprometido cuando jugó a los dados con Heinrich de que al año y un día, se reunirían para ver si el bien se había asentado en Goetz o no y ser así juzgado y condenado por la ley de Dios. Llegamos pues a la tercera etapa, la del juicio en la que va a descubrir que no hay juez pues no hay Dios que sólo existe el hombre.

En el proceso del juicio que se desarrolla Goetz dice que él quiso traicionar al mal pero que éste no se deja trastornar tan fácilmente, de ahí que no fue el bien por el que se decidieron los dados si no por un mal peor, que él para escapar a la vergüenza y al desprecio de los hombres fue que se hizo inhumano y que para ello no le importaba ser monstruo o santo y que, finalmente, se reconoce culpable. Reclama dramáticamente a Dios el que se desee el bien y no se pueda conseguir ("¿Si nos niegas los medios para hacer el Bien, por qué nos das el áspero deseo de hacerlo? ¿Si no permitisteis que yo me hiciera bueno, por qué me quitaste el deseo de ser malo?" pág. 150).

Posteriormente a este reclamo Heinrich le inquina que él no es oído ni fue oído ni será oído por Dios y ante ésta Goetz llega a su verdad que es la de que no podía esperar nada por que estaba solo, pues Dios,, "Sólo yo, cura, tienes razón. Sólo yo. Yo suplicaba, mendigaba un signo, enviaba al cielo mis mensajes; y no había respuesta. El cielo ignora hasta mi nombre. A cada minuto me pregunto lo que podía ser yo a los ojos de Dios. Ahora sé la respuesta: nada. Dios no me ve, Dios no me oye, Dios no me conoce. ¿Ves ese vacío por encima de nuestras cabezas? Es Dios. ¿Ves esa brecha en la puerta? Es Dios. ¿Ves ese hueco en la tierra? También es Dios. El silencio, es Dios. La ausencia, es Dios. Dios es la soledad de los hombres. Estaba yo solo; yo solo decidí el Mal; solo, inventé el Bien. Fui yo quien hizo trampa, yo quien hizo milagros, yo quien me acuso hoy, sólo yo puedo absolverme; yo, el hombre. Si Dios existe, el hombre

es nada; si el hombre existe... ¿Adónde corres? (pág. 151)".

Termina, pues, este juicio aceptando su ausencia y viendo que, sin embargo, todo sigue igualmente lleno, pleno, que no le hace falta nadie, así termina "la comedia del bien".

La cuarta etapa es la que Goetz afirma la humanidad y desea "ser un hombre entre los hombres" (pág. 155), pues sabe que todo bien y todo mal sólo es posible en y desde el hombre y que dadas las situaciones del momento son inseparables, hay que tener una porción de los crímenes de los hombres para poder también obtener una porción del amor y las virtudes de ellos y por eso no le importa el máximo sacrificio que es la muerte, pues como dice ahora sabe que "sólo tenemos nuestra vida" (pág. 156).

Mas al llegar a convivir con los hombres ve la realidad que presenta la dificultad del ser para con los otros y que para poder amarlos tendrá que matarlos y que para poder obedecerlos tendrá que ordenarlos. Pero todo lo acepta con tal de poder convivir con la única posibilidad ya existente.

"No tengas miedo, no flaquearé. Les causaré

horror, ya que no tengo otra manera de amarlos; les daré órdenes, ya que no tengo otra manera de obedecerlos; permaneceré solo con este vacío por encima de mi cabeza, ya que no tengo otra manera de estar con todos. Hay que hacer esta guerra y la haré" (pág. 159).

Hemos pues concluido la exposición de las cuatro etapas de Goetz, en la que he visto su desarrollo como personaje heroico y temido de la obra que descubre la no existencia de Dios y acepta la fraternidad del hombre, pero también lo he visto como el símbolo del hombre del sistema sartriano, en quien se afirma la necesidad de la elección originaria, ya que engañado o no el hombre debe ejercer su libertad y por tanto crear por mérito propio su esencia. En el personaje también se hace patente la moralidad sartriana al exigirse que se escoja a sí mismo, pero lo más interesante es el presentar como el hombre anhela todo el ser, ese ser que es en sí y para sí, es decir Dios, pero no pasa de ser más que un anhelo y una tendencia del hombre, y que por tanto lo único que queda es lo humano del mundo y del ser para sí, de aquí que se justifique la expresión de que el hombre es una pasión inútil.